

Despegue urbano y continuidad de las costumbres públicas. Fiestas y festividades en el Bilbao de la industrialización

MANUEL MONTERO GARCÍA*

CONTRA LO QUE SUCEDE RESPECTO AL MUNDO RURAL, los festejos que se celebran en los ámbitos urbanos de los siglos XIX y XX apenas han sido objeto de estudio, a no ser como curiosidades locales o con pretensiones costumbristas. Ello se debe a que apenas ofrecen posibilidades para el análisis antropológico, a diferencia de las que sí brindan, en cambio, las festividades que se dan en los entornos agrarios. Tampoco constituyen elementos que puedan interpretarse como comportamientos culturales ancestrales, como la visión de la sociedad ante el mundo o la naturaleza, o como reflejo de los roles y jerarquías que se producen en la comunidad estudiada. La contundencia de los efectos que sobre los comportamientos de una ciudad tienen determinados fenómenos imposibilita conclusiones de ese tipo en los análisis que tratan a las sociedades urbanas avanzadas. Desde la perspectiva de los estudios sobre comunidades que se suponen con costumbres seculares, las ciudades parecen entidades *artificiales* frente al presunto carácter *natural* de aquéllas.

Imposibilitarían tales pretensiones antropológicas algunos fenómenos característicos de las ciudades, que, según se supone, no tienen impacto, o éste es irrelevante, en los ámbitos agrarios. Nos referimos a circunstancias como la mezcla de culturas o su contraste; los efectos de la inmigración en las costumbres; la convivencia sucesiva de población asentada y recién llegados; las decisiones de los gobernantes (locales o no) y sus efectos a

* Dirigir correspondencia a la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación, Universidad del País Vasco, Sarriena s/n, 48940, Leioa, Vizcaya, España, tel. 94-601-20-00 y fax: 94-601-33-99, e-mail: manuel.montero@ehu.es.

corto y largo plazo; las eventuales prohibiciones de manifestaciones culturales o, en sentido contrario, el impulso de algunas en virtud de criterios políticos o de otro tipo; la estratificación social urbana; la convivencia y/o separación de clases; las dinámicas gremiales o profesionales; la misma superación de los conceptos de comunidad con un sentido tradicional, así como un largo etcétera. Constituyen todas ellas situaciones que no resultan infrecuentes en las ciudades y que repercuten, o pueden influir, en las celebraciones colectivas, y que, en general, se sobreentiende —sin excesivas verificaciones—, no afectan a las comunidades no urbanas.

Sin aspiraciones de llegar a conclusiones de carácter casi trascendental propias del análisis de tipo antropológico, sí resulta atractivo y valioso desde el punto de vista histórico el estudio de las fiestas y demás celebraciones públicas en las ciudades. No para averiguar comportamientos seculares de una comunidad, ni sólo por el interés que en sí mismo puede tener este aspecto de la vida en sociedad y de la actividad humana, sino también, entre otras aportaciones, para comprender el papel que lo colectivo juega en las sociedades del XIX y XX, inclusive en las industrializadas, así como en los procesos de cambio cultural que, de producirse, y según con qué intensidad, cabría suponer, tendrán efectos en las costumbres públicas. El estudio de las fiesta y festividades ilustra, además, sobre la configuración interna de la población estudiada, su grado de cohesión y sobre cómo se percibe a sí misma en los distintos momentos históricos.

Estudiaremos aquí cómo evolucionaron en sus líneas generales —no pretendemos agotar esta temática— las celebraciones públicas de Bilbao, la capital de Vizcaya, en el País Vasco, durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Nos centraremos, pues, en el periodo conocido en la historia de España como la Restauración (1876-1923), que tuvo en Bilbao una dinámica propia. La índole de la materia de estudio, que alude a las costumbres y la cultura, exige no entender tales fechas como límites estrictos; éstas sólo tienen un carácter indicativo. En algunos aspectos resulta imprescindible un marco cronológico más amplio.

El caso de Bilbao durante este periodo permite analizar las costumbres públicas de una ciudad que vive una muy rápida transformación. En muy pocas décadas la capital vizcaína pasó de una pequeña población mercantil a una urbe industrial —entre 1876 y 1900, en sólo una generación,

multiplicó por 2.6 sus efectivos demográficos—, con dimensiones desconocidas en el norte de España, nuevos hábitos económicos y novedosas preocupaciones, cuando despuntaba la sociedad de masas. ¿Con las transformaciones económicas, sociales y políticas aparecieron nuevas costumbres?, ¿hubo continuidad, ruptura o cambios selectivos?, ¿subsistieron las identidades básicas —en la medida que lo son las celebraciones colectivas, que estudiadas globalmente y no de forma aislada conforman una imagen de la vida en sociedad y de los gustos, aficiones y carácter de la convivencia urbana— o se gestaron otras, a medida que surgía la ciudad moderna y sobrevenía la sociedad de masas? Tales cuestiones permiten entender los efectos que los cambios industriales tuvieron en las formas de relación y de desenvolvimiento vital.

El interés de lo que al respecto sucedió en Bilbao en las postrimerías del siglo XIX viene determinado por la concurrencia de factores diversos. Destacan su rapidísimo crecimiento en el último cuarto de la centuria, la modernización súbita de sus infraestructuras y la afirmación, en pocos años, de una compleja sociedad, creada en buena medida por la inmigración. Se entrecruzaron culturas, comportamientos, opciones políticas y distintas referencias ideológicas. Debe notarse, sin embargo, que tal pluralidad no fue efecto de la concurrencia en una misma ciudad de alternativas culturales e ideológicas preexistentes, con distintos orígenes, oriundos o foráneos, sino que surgió a partir de la creación súbita de un nuevo mundo urbano. Las distintas y a veces opuestas versiones surgieron a partir de la formación, en Bilbao, de una compleja sociedad cuyo sustrato humano, este sí, tenía procedencias y funciones bien diferentes.

Resulta conocida la riqueza vital de Bilbao en la última década del siglo XIX. Se había convertido, súbitamente, en una de las principales plazas económicas de España. En su recinto proliferaron las alternativas políticas¹. Nació allí el nacionalismo vasco; daba sus primeros pasos el nacionalismo español; se convertía en pionera, en España, de socialismo y movimiento obrero; tenían su peso sectores republicanos (el diputado a Cortes por Bilbao a comienzos del siglo XX solía ser republicano, algo excepcional, por su continuidad, en el panorama español); dominaba un

¹ *Vid.* MONTERO GARCÍA, 1993.

liberalismo monárquico con raros rasgos combativos en su presentación pública, al tiempo que los tradicionalistas seguían contando (aunque nunca mayoritarios, solían constituir, en la fragmentación política de la villa, el grupo con más concejales), y hasta acogería pronto al catolicismo político. Algunas de estas formulaciones y sus rasgos históricos sólo son comprensibles desde el crisol cultural en que se convirtió Bilbao. Se trata de averiguar, por tanto, si los cambios económicos y sociales de aquellas décadas dejaron también sus secuelas, y cuáles fueron éstas, en las costumbres públicas, como lo hicieron en lo político y en lo ideológico.

RASGOS DEL DESARROLLO HISTÓRICO DE LA VILLA DE BILBAO²

Para interpretar la evolución de sus costumbres conviene tener en cuenta algunos aspectos de la historia de Bilbao. Tenía ésta, y mantuvo, el estatus de *villa*, y durante la Edad Moderna fue siempre una población pequeña, pero con una personalidad muy marcada, bien diferenciada de su entorno rural. Gran parte de la historia del Señorío de Vizcaya (tal era la denominación de la futura *provincia*) durante el antiguo régimen la mediatizó el enfrentamiento (político, económico o fiscal) entre Bilbao y el resto de Vizcaya. Presentaba la principal villa vizcaína una característica propia: era una ciudad de comerciantes, bien relacionados con el norte de Europa y el interior de España. La exportación por su puerto de la lana de Castilla y la importación de manufacturas constituían los ejes de un comercio de artículos muy diversos, entre los que se encontraba hierro, vino, cereales, productos coloniales, etcétera.

En lo que aquí nos importa, Bilbao, a fines del siglo XVIII, era una ciudad de unos diez mil habitantes con una planta muy concentrada, sita junto al Nervión, a unos doce kilómetros del mar, en el límite donde el río era navegable. Se afirmaba como una población urbana en el pleno sentido del término, por oposición a un entorno rural de preocupaciones bien diferentes a los de una villa en la que mandaban los comerciantes y había navegantes, artesanos, marinos, propietarios de astilleros, así como alguna riqueza. El orgullo bilbaíno le separaba de sus alrededores y sus

² *Vid.*, entre otros, GARCÍA MERINO, 1987; GONZÁLEZ PORTILLA, 2001.

relaciones mercantiles le ponían en contacto con ámbitos bien lejanos como la mitad norte de España, los demás puertos españoles —con los que los contactos eran frecuentes— y el norte de Europa, fuese Francia, los Países Bajos y/o Gran Bretaña.

Los avatares de la primera mitad del siglo XIX no socavaron el protagonismo de Bilbao. Tras la primera guerra carlista (1833-1839), en la que Bilbao, liberal se enfrentó al campo, tradicionalista, la villa encabezó un proceso de modernización empresarial, innovaciones técnicas y construcción ferroviaria, de efectos aún limitados antes de la última guerra carlista (1872-1876). Ésta tuvo una dinámica similar a la de los años treinta, las ciudades frente al campo, si bien acabó con una neta victoria liberal y no con ningún pacto al modo del Convenio de Vergara de 1839.

En 1876, al fin de la guerra, Bilbao tenía poco más de treinta mil almas. Inició entonces un despegue espectacular de la ciudad, que haría que, hacia 1900, su población creciera hasta sumar unos ochenta mil habitantes con las consecuencias de hacinamiento, déficits urbanos, etc., que cabría esperar. La exportación de mineral de hierro, sobre todo a Inglaterra, y la construcción de altos hornos en la margen izquierda del Nervión originaron una rapidísima industrialización, que alteraría drásticamente las estructuras económicas y convertiría a Bilbao en una pujante ciudad industrial y financiera que encabezaría un proceso de modernización con implicaciones en un creciente ámbito geográfico.

Éste es el ámbito en el que analizaremos las principales celebraciones de la ciudad. Abordaremos las que fueron descritas por la prensa o la literatura, desde el supuesto de que tal atención se debió a su capacidad de afectar toda la vida cotidiana. Prescindiremos, así, de algunas festividades, como San Blas, Santa Águeda o San Antón, con irradiación en la ciudad, pero que en el siglo XIX y comienzos del XX carecían de la importancia suficiente para concitar el interés detenido de periódicos o cronistas, ni siquiera de los que acudían al costumbrismo.

EL CICLO FESTIVO DE BILBAO

En el ciclo festivo de Bilbao podemos encontrar, en primer lugar, la presencia de las dos grandes celebraciones católicas, la Semana Santa y las

Navidades. Contra lo que sucedería en otras ciudades, inclusive con un amplio desarrollo urbano, no hubo ninguna festividad importante que se relacionase con el ciclo agrario o estacional. También tuvo arraigo otra celebración vinculada al calendario religioso, la “fiesta de los muertos” a comienzos de noviembre, así como, antes de Cuaresma, el carnaval. Hasta aquí, puede apreciarse el traslado, sin ninguna originalidad local, de la “plantilla básica” del desenvolvimiento festivo del ámbito católico: carnaval, Semana Santa, evocación a los muertos y Navidades.

Sorprende que ahí termine la influencia religiosa en las grandes celebraciones de la villa. Ni siquiera la Virgen del 15 de agosto, en su versión local de la Virgen de Begoña, llegaría a convertirse en eje del calendario festivo bilbaíno. La característica más acusada de éste fue, así, la escasa presencia de advocaciones religiosas. Sólo tuvieron desarrollo las principales festividades católicas anuales, sin particular impacto de otras fechas del santoral. Bilbao sí celebraba el Corpus, el día de su patrono Santiago y el de la Virgen de Begoña, ésta con una romería en la campa aledaña, pero tales festejos no formaban parte, en la mentalidad colectiva, de las principales fiestas de la villa, las que marcaban su ritmo anual y afectaban a todas las actividades y ámbitos sociales.

No hemos mencionado aún las principales celebraciones. Eran las fiestas de agosto, cuya denominación durante el siglo XIX era ésta: *Fiestas de agosto* o *Fiestas de Bilbao*, sin excusas religiosas y sólo señalamiento del mes o de la villa. Ni el que su comienzo lo determinase la fecha de la festividad de la Virgen —arrancaban el domingo siguiente— cambió la cuestión. La villa de Bilbao, en cierto modo, se celebraba a sí misma. Su festividad principal no honraba a patronos, ni buscaba la protección de alguna advocación religiosa, no conmemoraba fechas patrias o alguna efemérides local, no celebraba fecha con implicaciones estacionales o que aludiesen a cambios en el ritmo vital (no era agosto para que coincidiesen con unas inexistentes vacaciones estivales). No: tan sólo las fiestas de Bilbao, al mediar agosto.

Las de agosto eran por excelencia fiestas urbanas. Sin evocaciones trascendentales, tenían sentido sólo desde la experiencia de la ciudad, de sus necesidades de esparcimiento y de su afirmación como ámbito diferenciado, como una sociedad con sus impulsos; los de una ciudad que, a

juzgar por su fiesta principal, vivía al margen de los ritmos que marca la naturaleza (cosechas o vendimias), de las evocaciones patrias y hasta de los compromisos espirituales.

Estamos ante una rara celebración, unas fiestas locales sin connotaciones religiosas o estacionales, al margen de cualquier circunstancia ajena al hecho festivo. No fue producto de que en el siglo XIX Bilbao, ciudad liberal, se desentendiese de la religiosidad, pues ésta la podemos encontrar en distintos órdenes de la vida. Aunque algo querría decir que los bilbaínos tuviesen unas fiestas laicas, sin veneraciones trascendentales: se ponían algunos límites a la influencia de la religiosidad en la vida pública.

El asunto venía de atrás, de mediados del siglo XVIII.³ Paradójicamente, una intervención de la Iglesia inició esta anomalía. Las primeras noticias de unas fiestas en Bilbao hablan de la importancia del Corpus, a fines del siglo XVII la principal celebración pública, con procesiones y también actividades lúdicas no religiosas. Las corridas de toros y los festejos que solían acompañarlas se celebraban en la octava del Corpus, una fiesta religiosa por tanto. Pues bien, las autoridades eclesiásticas entendieron que la fiesta taurina estaba reñida con la solemnidad espiritual del Corpus. Lograron que las corridas se desplazasen a otras fechas sin connotaciones religiosas.⁴ A la vista de lo que sucedió después, hay que convenir en que el rigor de los curas bilbaínos, o su celo, resultaron contraproducentes para los intereses eclesiásticos. Fijados los festejos “laicos” de la villa a mediados de agosto, sin compromisos religiosos inmediatos —más bien con el de no mezclar afición y devoción—, fue posible un desarrollo autónomo de la fiesta, al margen de los cabildos eclesiásticos; de una fiesta que en su concepción y desenvolvimiento era laica, mundanal y urbana. El Corpus quedó circunscrito a sus resonancias religiosas, con impacto decreciente en la vida pública de Bilbao. Las fiestas de agosto superaron todas las coyunturas históricas. Siguen reinando en el calendario de la villa, un cuarto de milenio después de que la Iglesia provocara su aparición, pues no estaba bien que lo profano se uniera a lo religioso.

³ MONTERO GARCÍA, 1997, p. 57 y ss.

⁴ GUIARD LARRAURI, 1974.

No puede responsabilizarse sólo a las autoridades religiosas, las que realizaron la gesta de sacar del Corpus los divertimentos profanos, de que la fiesta de Bilbao se desarrollase al margen de impulsos religiosos. Con cierto entusiasmo y alguna miopía, los curas echaron la piedra contra su tejado, pero para que éste se rompiera hacía falta otra circunstancia, que el cabildo no previó, quizás porque conocían mal a sus fieles: que la población bilbaína hiciese de los toros y los elementos laicos *su* fiesta, más que el propósito de honrar una advocación religiosa y buscar el amparo celestial. Tal actitud sólo era comprensible en una ciudad burguesa, individualista, urbana, no demasiado dependiente de los favores que llegaban del más allá, de las cosechas, de la pesca o de alguna actividad concreta ligada a la naturaleza. Sus características mercantiles pueden advertirse ya en el medioevo, sin que hiciese falta la llegada de la modernidad para su dependencia respecto al comprar y vender, al dividendo de la inversión, a la diferencia de precios y evaluación de mercados... todo racional, *artificial*, poco idealizable y referible a los favores de algún santo, por lo común especializado en negocios de ejecutoria más sencilla, aunque drástica —que llueva, que haga calor y maduren las vides, que se contenga la nieve... —, más desde luego que la vigilancia sobre los precios de la lana, los beneficios del hierro o la duración de los viajes, nada demasiado transcendente, y sólo mensurable en por cientos y diferenciales. Además, era una ciudad en la que la religión, mesurada, no tenía grandes institutos religiosos, poderosas abadías o conventos de entidad. Tampoco hubo la encomienda fundacional a alguna virgen o santo. Así, los bilbaínos no se revolviéron contra la Iglesia cuando ésta vio con malos ojos la presencia de costumbres laicas en el festejo religioso. Se limitaron a obedecer y a seguir con sus diversiones, sin que al parecer añorasen los tiempos en que en *sus* toros y demás tenía alguna influencia el cabildo eclesiástico.

No se está sugiriendo que el Bilbao de fines del XVIII o del XIX fuese una villa laica, mucho menos pagana, pues lo religioso ocupaba su lugar en la ciudad de los comerciantes, tenderos, navegantes, almacenistas y artesanos. Ocupaba un lugar: no condicionaba todas las manifestaciones de la vida pública. Separado lo religioso y lo laico, la fiesta del Corpus perdió adhesiones como principal festejo de la villa. Lo profano, por contra, dio lugar a unas fiestas netamente urbanas que se desarrollaron según

sus impulsos, subsisten dos siglos y medio después, y se celebran sin celebrar nada: tan sólo a la ciudad, si acaso.

La otra singularidad del calendario lúdico de Bilbao durante el siglo XIX lo constituyó el desarrollo de fiestas *cívicas*, esto es, civiles, que se definían como tales, y eran celebraciones patrióticas o políticas de corte liberal. Fueron consecuencia de las guerras civiles y, más en concreto, de los sitios que sufrió Bilbao por los carlistas y que defendió con éxito y sin ser conquistado. En las posguerras el Ayuntamiento decidió celebrar las gestas bilbaínas, su defensa del liberalismo, coincidiendo con los aniversarios de los levantamientos de los cercos. El de 1836 se terminó tras la batalla de Luchana, en la Nochebuena. El acontecimiento todavía se celebraba en los años postreros del siglo XIX, si bien la coincidencia con las Navidades dificultó que la fecha se asentase como fiesta propia en el calendario de Bilbao. Más importancia tuvo el 2 de mayo, durante décadas (hasta comienzos del franquismo) una de las festividades más señaladas del calendario bilbaíno. Conmemoraba el levantamiento, el 2 de mayo de 1873, del último sitio carlista de Bilbao, y fue fiesta de movilizaciones municipales, liberales y populares.

Éste fue pues, el calendario festivo de Bilbao. Los intentos de crear otras festividades, locales, provinciales o de otro tipo, tuvieron distinta fortuna. Ninguna el intento socialista de celebrar en febrero el aniversario de la proclamación de la I República. Mayor la del 1 de mayo, que se convirtió en fiesta oficial cuando lo fue en España, como en prácticamente todo el mundo, si bien desde la década de 1890 tuvo resonancia en Bilbao, aunque no asociada a actividades lúdicas, sino reivindicativas. En realidad, desde 1800 fue la única nueva festividad que llegaría a alcanzar de forma perdurable resonancia y sentido social, afectando a la vida ciudadana. Las que se propusieron en un momento u otro, por distintos motivos, como festividad local, acabaron fracasando. Así sucedió con las que conmemoraban el levantamiento de los sitios, quizás por su identificación con una de las ideologías bilbaínas, pese a la importancia que en sí misma podría tener la gesta de la resistencia a un cerco militar. La conmemoración de 1836 apenas penetró los primeros años del siglo XX, una vez que desaparecieron sus protagonistas. La de 1873 duró unas siete décadas, pero acabó con ella el franquismo, y con la transición no se

recuperó, por la pérdida de la memoria histórica del liberalismo bilbaíno y porque se imponían fuerzas de cariz muy distinto. Como cabía esperar, tampoco el 19 de junio, el aniversario de la entrada en Bilbao de las tropas franquistas, se consolidó, después de cuatro décadas de fiesta local, básicamente con carácter oficial.

La reivindicación de una ideología: tal ha sido el intento histórico de crear fiestas *civiles*, sea la conmemoración de los sitios bilbaínos, sea la ocupación franquista. La tensión de lo reivindicativo, con fuerza y eficacia coyunturales, ha impedido la consolidación de tales fechas como festividades lúdicas. En todo caso, los intentos de crear fiestas cívicas, no religiosas, de orientación política, constituyen otra característica de la vida pública y festiva de Bilbao. Se diría que los grupos políticos entendieron que su éxito tendría que representarse con la formación de una fecha festiva en el calendario local. Estos intentos de crear fiestas de cariz político se han saldado con fracasos. Por mucho que sean celebraciones que han durado décadas, en una visión amplia de la historia han sido efímeras. La excepción ha sido el 1 de mayo, pero, pese a la importancia local que alcanzó la celebración, cabe dudar que se hubiera consolidado como tal de no mediar circunstancias que sobrepasaban al ámbito circunscrito a Bilbao e incluso al País Vasco.

Pacho Gaminde fue uno de los personajes que retrataron, desde la perspectiva de las nuevas elites locales, la vitalidad bilbaína de fines del siglo XIX.⁵ Una de sus caricaturas dividía el año en dos mitades: “de Navidad a Corridas y de Corridas a Navidad”. En Bilbao, el calendario de fiestas constituía el referente cronológico, con preferencia a la estacionalidad *natural*. La primera mitad del año era, al decir de Gaminde, larga y triste, “con Cuaresma y todo”. La que empezaba con los toros “se pasaba sin sentir, pues había horchata de frutas”. “Esta división cronológica de la vida bilbaína la sentíamos todos”, asentía José de Orueta.⁶ El año bilbaíno tenía como epicentro las corridas de toros, la divisoria del antes y después.

Gaminde y Orueta confirmaban la enorme importancia que en la vida cotidiana de una ciudad a fines del siglo XIX tenía el calendario festivo.

⁵ GAMINDE, 1965.

⁶ ORUETA, 1923.

Era una época en la que no abundaban los espectáculos de masas, ni sus emociones colectivas, hoy casi semanales. Las escasas alteraciones del ritmo urbano, las festividades, constituían acontecimientos cuya intensidad cuesta entender desde la perspectiva actual. Así, conviene creer a Gaminde y Orueta cuando aseguraban que las fiestas dividían el año en dos mitades, que reflejaban el ánimo estacional de los bilbaínos. Tales celebraciones públicas no eran una circunstancia complementaria de la marcha anual de la villa, sino un componente clave, capaz de figurar en cualquier descripción de Bilbao.

Otra cuestión debe destacarse. Pese a las transformaciones de Bilbao que experimentó desde mediados del siglo XIX hubo plena continuidad en el calendario festivo. El *boom* demográfico, el cambio de carácter de la ciudad (con el paso de villa mercantil a urbe industrial), la acogida de aluviones de inmigrantes o su diversificación en clases no implicó novedades en la secuencia de festividades, excepto la incorporación de la celebración de los sitios que sufrió durante el XIX. Es más: el calendario festivo de Bilbao reproduce hoy en lo fundamental el de la primera mitad del XIX, a su vez con pocos cambios desde la centuria anterior. Quizás ha habido una única variación notable: la desaparición de la “fiesta de los muertos” como celebración pública.

Incluso han subsistido los rasgos básicos de estas celebraciones, sus ritos fundamentales y simbologías, pese a la expansión espacial de la ciudad, la diversificación social o el desarrollo de la sociedad de masas. No han transformado el calendario de las fiestas ni su fisonomía interna. Hasta las actuales pueden reconocerse, en sus rasgos básicos, en las del siglo XIX, evolución natural, no forzada, de las festividades de fines del siglo XVIII. Se imponen las continuidades, sin rupturas, cambios drásticos ni, más importante aún, giros radicales en la forma de afrontar la celebración.

La cuestión tiene interés. Hasta en la ciudad actual, de más de 350 000 habitantes (con una conurbación que supera el millón, afectada por el ritmo festivo de Bilbao) subsisten calendarios y ritos festivos de fines del XVIII, de cuando la villa de los comerciantes rondaba las 10 000 almas. Son las mismas fiestas, adaptadas a nuevas circunstancias sin modificar estructuras y componentes básicos.

Así, las celebraciones festivas —y esto constituye un rasgo cultural— tienen gran capacidad de mantenerse, por encima de avatares migratorios, económicos, sociales o políticos. Sucedió en este caso, el de una población mercantil que crece y se convierte en una capital industrial y financiera. Las celebraciones públicas constituyeron un elemento de identidad, cuya impronta anual se mantuvo sin fisuras, rupturas ni discontinuidades.

El Bilbao de fines del siglo XIX y del XX se gestaría por oleadas de inmigrantes. Pero las señas de identidad colectivas que adoptarían los incorporados fueron las que había a su llegada, muy similares a las de 1800. Pese a formar una ciudad de inmigrantes, no pueden localizarse especificidades de otras procedencias. Quizás lo dificultaba la heterogeneidad geográfica y cultural de quienes llegaban a Bilbao. Quizás también se debió a que, pese a la intensidad y continuidad del proceso, no se crearon ámbitos segregados, capaces de generar sus tradiciones. Contribuiría a ello el carácter no agresivo de los festejos bilbaínos, sin advocaciones religiosas, connotaciones políticas, lingüísticas, etnicistas ni exclusivismos. La inmigración formó barrios periféricos, pero la integración de sus componentes conllevó participar en las festividades del centro, nunca muy lejano, por la configuración espacial de la ciudad.

Las celebraciones festivas de Bilbao presentan, así, dos rasgos fundamentales: en primer lugar, pudieron pervivir dos siglos sin alterar la estructura de su calendario ni sus elementos básicos, y, en segundo lugar, sirvieron como elemento de identificación urbana.

LAS FIESTAS DE AGOSTO: LOS RASGOS BÁSICOS

A fines del siglo XVIII el viajero alemán Fischer le impresionaron las fiestas bilbaínas: “Todas las torres fueron iluminadas la noche entera y en todas las colinas ardían grandes fogatas y ya a las dos de la mañana tañían todas las campanas, a las seis todas las calles estaban llenas de gente”.⁷ De esta descripción, no todo puede encontrarse cien años después: ni las “grandes

⁷ El alemán Fischer, uno de los pioneros entre los viajeros europeos que visitaron España, en particular hacia el primer tercio del siglo XIX, y dejaron escritas sus impresiones y descripciones, visitó el País Vasco en 1797 y 1798. Para el texto citado, FEIJOO CABALLERO, 1991.

fogatas” ni las campanas a las dos de la mañana. Sí, por contra, las iluminaciones nocturnas y, sobre todo, “las calles [...] llenas de gente”, algo habitual en las festividades de Bilbao.

Por entonces, hacia 1790, tenían aún importancia dos festividades que la irían perdiendo las siguientes décadas: el Corpus y Santiago. Pero en las postrimerías del siglo XVIII las de agosto se habían impuesto ya como las más importantes de la villa. Eso sí, convivían con festejos de menor alcance. Algunas calles tenían sus fiestas particulares (pese a que Bilbao, una ciudad pequeña, estaba espacialmente muy concentrada): la Magdalena (Belosticalle), la Concepción (calle Correo), San Lorenzo (Barrencalle), San Antonio (barriada de Achuri), etc. Estas calles se adornaban con banderas, había música, tamboril, etc. Eran festejos propios de pequeños lugares, por otra parte muy próximos entre sí, que mantenían alguna personalidad. Sin embargo, estas celebraciones no implicaban a toda la ciudad.

Sí la afectaban por completo las fiestas de agosto. A fines del siglo XVIII quedaban ya asentados sus elementos básicos: por la mañana música y desfile de gigantes y cabezudos (representaciones de ambas figuras, que acompañaban a las diversiones), toros por la tarde y verbenas nocturnas. Los tres elementos, de connotaciones sólo lúdicas, han formado durante dos siglos la estructura de las fiestas bilbaínas. Al correr de los años, se añadieron juegos diversos, fuegos artificiales, espectáculos deportivos o barracas, a medida que lo exigía el desarrollo técnico y cambiaba la sociedad, pero los tres elementos se mantuvieron, acogiendo las novedades. En tal sucesión diaria puede reconocerse aún hoy a las fiestas bilbaínas.

Un elemento distintivo de las fiestas bilbaínas fueron “los gigantes y cabezudos”. Los presenció Fischer en la fiesta del Corpus, encabezando la procesión, pero su trayectoria se ligaría a las fiestas de agosto. Se convirtieron en *los símbolos festivos* de Bilbao; en realidad, eran —y son: mantienen tal papel— la principal representación imaginaria de la festividad bilbaína, a falta de otras devociones. Contra lo que sucede cuando predominan éstas, su génesis está en la fiesta y en ella consume su función. Tales figuras adquirieron a mediados del XIX la fisonomía de un grupo institucionalizado —con número, jerarquía interna y distribución establecidos— y “los gigantes”, una personalidad individualizada.

Formaban el grupo ocho cabezudos y otros tantos gigantes, presididos por “el Gargantúa”, el elemento festivo singular de Bilbao, pues figuras similares a sus compañeros las hay en otras ciudades españolas. El Gargantúa, por contra, es específico y privativo de la villa. Su inventor fue Antonio Echaniz, una de las personalidades conspicuas del Bilbao del siglo XIX, que fue carpintero, fontanero, jefe de bomberos... y que murió heroicamente, en un incendio. Diseñó y construyó el primer Gargantúa, una gran figura que viene a representar a un aldeano. El juego consiste en que los niños son deglutidos por su boca y caen por el tobogán que lleva dentro el muñeco. Con tan precarios elementos se configuró la representación de la fiesta bilbaína, que sigue siéndolo siglo y medio después de su primera construcción —a lo largo del tiempo se han sucedido varios Gargantúas—. Por su simplicidad, exclusiva identificación con la fiesta, por estar destinado a los niños o por sus característicos tamaño y fisonomía, se convirtió en el símbolo festivo de Bilbao por antonomasia.

Los *gigantes* también se individualizaron hacia mediados del siglo XIX. Los presidía “Don Terencio”. Era una figura que evocaba el siglo anterior, con aire noble, de autoridad pública: “El primero de los gigantes va Don Terencio, el estudiantón, con el manteo grava deslucido, bicornio y cuchara de palo, pelucón de estopas acaracoladas y dieciochescas, un bastón en la mano [...]”⁸ Le acompañaba “Doña Tomasa”, con parecida fisonomía. Y seguían tres parejas: “Los Turcos”, “Los Moros” y “Los Aldeanos”. La nobleza tradicional, la pareja rural y las exóticas formaban la escolta del Gargantúa, acompañados por los enanos. “Estos gigantes y cabezudos no son sino el cortejo del archigigante, archicabezudo, señor nuestro, amigote y comensal Gargantúa, que viene el último y en traje de hombre de pueblo, sentado en un carretón tirado por bueyes [...] Es como el primero de nuestros dioses lares”, sellaba Sánchez Mazas en 1917.

El requerimiento popular hizo que se sucedieran varias generaciones de gigantes y cabezudos. Eran “símbolos de la grandeza, de la solemnidad y del regocijo”.⁹ Por la expresión de Arriaga, puede apreciarse que en el sen-

⁸ SÁNCHEZ MAZAS, 1993.

⁹ Emiliano de Arriaga, en artículo aparecido en *El Nervión* (diario vespertino publicado en Bilbao), 5 de abril de 1895.

tir bilbaíno eran más que un motivo de diversión. Se habían convertido en expresión de las celebraciones bilbaínas y del propio carácter que se atribuía la villa: *Grandeza, Solemnidad, Regocijo...* Era así como los bilbaínos gustaban verse y ver sus fiestas.

La música, los gigantes y cabezudos y las hileras de niños ante el Gargantúa formaban parte consustancial de la fiesta de la villa, pero los bilbaínos del siglo XIX la identificaban sobre todo con las corridas de toros. Habían sido el motivo del desplazamiento festivo a agosto y siguieron siendo su elemento central, el que parecía justificar los demás jolgorios. Fueron, también, la gran pasión lúdica de Bilbao.

Muchos relatos confirman el gusto local por los toros, incluso más que por los toreros. Cuentan cómo los ancianos del siglo XIX se acercaban al camino de entrada a Bilbao, y preguntaban a los viajeros si habían visto los toros que se iban a lidiar en la villa, y cómo eran, para evaluar su juego. Sucedió esto antes de que se construyera el ferrocarril. Por entonces, los toros tenían que venir a Bilbao andando y la operación se preparaba con detenimiento, desde la compra hasta el traslado, como una de las principales empresas municipales del año. Era como si estuviese en juego el prestigio de la villa.

Los toros solían comprarse, tras cuidada selección, en los campos de Salamanca, adonde marchaba un mayoral bilbaíno que, con su cuadrilla, los conducía hasta Bilbao, en un viaje de unos dos meses, incluyendo trayectos y paradas para que los animales mantuviesen peso y compostura. La “opinión pública” bilbaína seguía atenta los avatares del viaje, si había peleas entre los bravos, si alguno resultaba herido, qué decían de su planta y capacidad. Cuando se acercaban a Bilbao, muchos marchaban a caballo para contemplarlos, admirarlos si era el caso y contárselo luego a los vecinos. La llegada de los toros a la villa y su encierro en el corral levantaban una expectación que sorprende. Tiene su explicación: tales acontecimientos formaban parte del principal espectáculo del año, en una época que no estaba sobrado de ellos.

En 1863 se inauguró el ferrocarril y cambiaron algunas cosas. Los toros llegarían en tren, lo que lamentaron los aficionados más tradicionales. Se perdían costumbres —subsistió la expectación por el encajonamiento del ganado—, la espera y evaluación a distancia de las capacidades taurinas.

No sólo eso. El ferrocarril también terminó con otro rito, que en Bilbao formaba parte de la mística taurina: la llegada y la despedida de los toreros en la diligencia, actos revestidos de especial solemnidad. Y, *lo peor* —según lamentaban aún cuarenta años después los aficionados bilbaínos que conocieran los tiempos gloriosos sin vías férreas—, propició que llegaran a las corridas bilbaínas espectadores foráneos, de Madrid por ejemplo, aficionados que, desde la perspectiva de los bilbaínos, no entendían del arte de la tauromaquia y carecían de la auténtica pasión por los toros. Por sorprendente que pueda parecer, este orgullo local por sus fiestas taurinas y por un conocimiento del toreo sin parangón y su autoestima por contar con los mejores toros bravos formaban parte consustancial a la mentalidad bilbaína del último cuarto del siglo XIX y, nos atreveríamos a decir, la primera mitad del XX. Eran artículos de fe, estandartes a sostener en todo momento. En particular, lo de tener los mejores toros que se corrían en el orbe, porque la preparación de las fiestas hacía particular hincapié en contratar las principales ganaderías, las de más prestigio.

El espectáculo venía de mucho antes, pero las primeras noticias de corridas de toros bien organizadas datan de fines del siglo XVIII. Conservamos el programa de 1793, con especificación de torero, toros, número de reses y cómo sería la suerte. Por entonces las corridas tenían lugar en el improvisado coso que se levantaba en la plaza del Mercado, junto al río, que era el principal espacio público del Bilbao tradicional.

Con los años habría algunos cambios. Ya hemos señalado los derivados de la llegada del tren. Cambió también el número de corridas. En las décadas intermedias del siglo XIX fueron cuatro, lunes, martes, jueves y viernes, con un día intermedio que llamaban “de vaco”. A fines de siglo solían ser cuatro consecutivas, de lunes a jueves y en la segunda década del siglo XX cubrían toda la semana. Eso sí: en esa centuria lidiaban sólo dos o tres toreros, que repetían cartel toda la feria. Las rivalidades podían seguirse con alguna continuidad.

También fue cambiando el espacio de esta fiesta. Hasta 1846 se mantuvo en la Plaza del Mercado. Ese año se inauguró el primer edificio dedicado a corridas, la plaza de toros de Abando, que inició la ocupación urbana del otro lado de la ría, por donde se llevaría a cabo la expansión del Bilbao moderno. No duró mucho esta plaza, pues allí se levantó,

en 1858, la estación ferroviaria. Hubo después dos cosos de limitado alcance, uno muy precario, del mismo 1858, y el “circo de Albia” (1863), hasta que en 1882 se construyó la Plaza de Vista Alegre, de estilo árabe. Fue construida por algunos capitalistas que la donaron después a la Casa de Misericordia. Hasta su incendio de 1962 fue el principal recinto taurino —entre 1909 y 1929 compitió con otra pequeña plaza de toros que hubo en Indauchu—.

Los toros fueron en Bilbao un temprano espectáculo de masas. El coso de 1882 podía albergar más de doce mil espectadores, un número considerable incluso con criterios actuales, no digamos para una ciudad que rondaba los cincuenta mil habitantes. Abundan, además, las noticias de llenos completos y de grandes negocios de reventas de entradas.

Aunque cuesta imaginar la asistencia masiva a los toros de los obreros recién llegados al Bilbao minero e industrial, en precarias condiciones y con pocos recursos económicos, las noticias y relatos confirman que era un espectáculo popular, al que acudían los grupos acomodados, pero al que asistía gente de casi todo el espectro social bilbaíno, además de incontables visitantes, en una época en la que las elites iniciaban la costumbre del veraneo.

Tras la última guerra carlista las crónicas sugieren que los toros tenían un aire populachero y bullicioso. Todo indica que la algarabía de los toros de 1877 —un mano a mano de cuatro días entre *Lagartijo* y *Chicorro*—, distaba de ser excepcional. Reciente la guerra y con temores de algún disturbio, el gobernador civil se preocupó del orden. Reguló el tráfico de carruajes al coso de Albia, prohibió *la reventa* y que los espectadores saltasen al ruedo hasta que estuviese muerto y enganchado el último toro; prohibía riñas, que se arrojaran objetos o se exhibieran carteles durante la faena, y no se podían lidiar más toros que los anunciados. Probablemente se refería a *desmanes* habituales en los toros de Bilbao. Ésta vez no iba a suceder, vaticinaba el gobernador, por la “reconocida cultura, amor al orden y sensatez nunca desmentida” de los bilbaínos.¹⁰ Se equivocó de medio a medio. Aquello fue un desastre, visto desde su prisma. Ni los

¹⁰ *El Noticiero Bilbatno* (diario publicado en Bilbao), 17 de agosto de 1877.

halagos sirvieron. Hubo de todo,¹¹ como si hubiese empeño en desobedecer a la autoridad punto por punto. La corrida del lunes hubo de darse por concluida debido a la cantidad de objetos que se tiraron, por una discrepancia entre aficionados y el presidente del festejo, el alcalde Pablo de Alzola, en el futuro uno de los principales ideólogos de la burguesía industrial vizcaína. Hubo carteles en todas las lidias. La costumbre, al parecer irrefrenable, de echarse al ruedo tras el último toro, provocó que éste, aún vivo, hiriese de gravedad a un “espectador”. Hasta se incumplió lo de no lidiar más toros que los previstos, pues el entusiasmo de los bilbaínos forzó a que en la última corrida se sacase uno de gracia. La imagen, entre caótica y bullanguera, nos sitúa ante una celebración con sus propias estridencias populares, un tanto anárquica y desde luego al margen de los criterios gubernativos.

Las siguientes décadas hubo algunos cambios en el desenvolvimiento de la feria de los toros de Bilbao. Algunos fueron sutiles, pero estaban ahí. Las crónicas de los años postreros del siglo XIX y primeros del XX apenas mencionan las algarabías de los años setenta, aunque la alegría siguió contando. Se mantenía el éxito de público, pero había quienes sentían nostalgia por el aire popular de los toros años atrás, cuando se acudía a la plaza en familia, con la merienda, se saludaba a los vecinos y se opinaba con grandes carteles de lo que les parecían toros y toreros, reinaba el bullicio, las mujeres llevaban mantilla y había peleas entre los aficionados. “Ahora se va a los toros con la formalidad que se va al teatro”,¹² decían algunos “aficionados de toda la vida”. Es probable que en este caso no se tratara sólo de la añoranza de tiempos pasados. Las crónicas taurinas fueron cambiando de forma casi imperceptible. Insistían cada vez más en los espléndidos carruajes que iban a la plaza, en la belleza de las damas, en la asistencia de tales personalidades, en la moda femenina que imperaba... En sus comentarios, comenzaba a imponerse el lenguaje técnico sobre el popular y sobre el entusiasmo. Algo estaba cambiando. Probablemente, era un efecto de las transformaciones urbanas, que afectaron también a los festejos taurinos. El espectáculo se había encarecido y, sin perder del

¹¹ *El Noticiero Bilbaíno*, en las números correspondientes a las fiestas de agosto de 1877.

¹² *El Nervión*, 21 de agosto de 1895.

todo su dimensión popular, adquiriría un cierto aire de acto social. La ciudad se diversificaba socialmente, prosperaba, y *los nuevos ricos* hacían valer sus posiciones y su visión del mundo, con algunos conceptos jerárquicos y el despliegue de la elegancia y un cierto “orden” en el espectáculo de masas.

A comienzos del siglo XX prosiguieron los cambios, que se aceleraron sobre todo durante la Primera Guerra Mundial, cuando Bilbao se enriqueció a un ritmo desmesurado. Las intuiciones bilbaínas sobre sus pasiones y singularidades toreras se convirtieron en una idealización romántica de sus festejos taurinos, que desembocó en alguna mitificación.

El análisis confirma circunstancias privativas de las fiestas de toros en Bilbao. Lo significativo es que en torno a los años diez se convirtieron en elementos definitorios de la visión que la villa tenía de sí misma y de su convicción de constituir una urbe singular. El orgullo del Bilbao por su *boom* económico y su destacado papel estallaba en las crónicas. “Para toros, Bilbao, se oye decir allá donde se habla de toros”, señalaba la prensa local,¹³ enaltecendo la importancia que en su plaza se concedía al toro bravo. “Goza fama Bilbao, bien adquirida por cierto, de lidiar en su primera plaza de toros ganado ejemplar, ganado fino.” “Por eso las ferias de nuestra villa no son ferias para toreros; son ferias para toros, grandes, poderosos, magníficos. Son, en una palabra, ferias para aficionados.”

¿Esta convicción, convertida en uno de los estandartes de la villa, era sólo un mito? Algo había. Hemos podido constatar la expectación local ante la estampa de los toros. No sólo en la primera mitad del siglo XIX, antes del ferrocarril. También al acabar el siglo. Véase cómo lo refieren las crónicas de 1895, que habían publicado los telegramas del comisionado a contratar los toros, hablando del trapío y bravura que tenían: “Cuando llegaron [a Bilbao] los torazos, porque son unos torazos, los aficionados se echaban la mano al corazón para calmar los latidos. No hay aficionado que resista la conmoción que producen”.¹⁴ La crónica exageraría algo, pero probablemente reflejaba alguna realidad, al menos en lo que a los sentimientos bilbaínos se refería. Sabemos, también, del esmero que se

¹³ *El Liberal* (diario publicado en Bilbao), 18 de agosto de 1918.

¹⁴ *El Nervión*, 14 de agosto de 1895, al narrar el encajonamiento de los toros.

ponía al seleccionar las ganaderías y los bravos, sin atender en exceso a las preocupaciones presupuestarias, algo que Bilbao tenía muy a gala.

Así se forjaban los mitos que, al margen de su veracidad, sirvieron para construir la identificación que de sí misma tenía la ciudad. La autopercepción de Bilbao era, en la época a que nos referimos, halagüeña, con confianza en sí misma y en su superioridad. Eso sí, el mito torista de Bilbao —el de contar siempre con los mejores toros, en este concepto superiores a los de cualquier otra plaza, por las excelentes percepciones locales de la fiesta—, se asentó cuando empezaba a hacer aguas la realidad en la que se sustentara. A comienzos de los años veinte las crónicas aseguraban que los toros bilbaínos no eran los de antaño. Los lamentos se repetían año tras otro. Cabía suponer que las quejas persistentes y reiteradas llevarían a la conclusión de que hablaban de cosas del pasado, pero el mito se mantuvo. Su virtualidad urbana, como elemento de identificación y afirmación en la imagen colectiva, no dependía de sus orígenes ni de que respondiese o no a una realidad, sino de sus funciones simbólicas. En tanto sirviera para afirmar la potencia de la villa y expresar las ambiciones locales (lo importante no era que los toros tuviesen la categoría añorada, sino el deseo de que así fuera), el mito mantendría vigencia.¹⁵

LA MODERNIZACIÓN DE LOS MODELOS FESTIVOS

Hemos mencionado los elementos distintivos de las fiestas de Bilbao —los símbolos, los toros—. Las corridas constituían el corazón de los festejos, su razón de ser, pero no consumían toda la actividad lúdica. Música, juegos, fuegos artificiales y atracciones llenaban la semana de agosto en la que había corridas. Y en este punto se aprecia especialmente la transformación de Bilbao con la llegada de la industrialización, durante el último cuarto de siglo. No hubo grandes novedades en su estructura

¹⁵ En 1923 el diario bilbaíno *El Pueblo Vasco* calificaba la pérdida de categoría de los toros como “el imperio de la desvergüenza”. La atribuía a una especie de conspiración contra el prestigio de Bilbao, debido a los “manejos de una confabulación tenebrosa, de un complot perfectamente oculto, tramado contra ese hermoso sueño romántico de nuestra afición local que exige, que impone, que al anunciarse una fiesta de toros en su periodo de ferias se le sirvan ‘toros’”. La teoría conspirativa confirmaba la tesis expuesta, según la cual la calidad de los toros que se corriesen en agosto representaba, en el imaginario local, el prestigio de Bilbao.

básica, pero sí en el modelo festivo, que se adaptó a los cambios que vivía la villa.

Las fiestas que siguieron a la última guerra carlista reprodujeron el modelo de las décadas intermedias del siglo XIX. Si se prescinde de los toros, eran celebraciones sin pretensiones, las propias de una población de unas treinta mil almas que mantenía un aire tradicional. Pasacalles por la mañana, música en la Plaza Nueva, bailes en la Plaza Vieja, algunos juegos populares como las cucañas sobre la ría o el “regateo de sirga” (carreras con las piernas en un saco), paseo de la Banda del Regimiento y, para cerrar el día, fuegos artificiales. Poco más, excepto alguna novillada. Eran las fiestas de una localidad pequeña, anclada aún en los hábitos “de toda la vida”.

Con todo, había ya quienes las consideraban demasiado modestas, unas “fiestas de pueblo”, impropias para una población que, desde que se vendía el mineral de hierro y acogía trenes y vapores, atisbaba la modernización. “¿Cuándo saldremos del manoseado regateo de sirga, de las cucañitas, de los gigantes y enanos, de los dulzaineros y ‘tuti cuanti?’”,¹⁶ protestaba Argos, uno de los personalidades de la villa, al leer el programa de las fiestas de 1877.

El pesimismo se convirtió en euforia dos años después. “Nada puede superar a la fiesta veneciana celebrada en las aguas del Nervión: nada”, escribía el mismo periodista en 1879.¹⁷ Había tenido lugar la primera *fiesta de la ría*: “Nada puede imaginarse más bello, nada más poético, nada más encantador, nada más fantástico”. La novedad transformó la fiesta bilbaína, satisfaciendo incluso a los más exigentes. Desde 1879 hasta 1894 se celebraron esporádicamente fiestas, con temática diversa. Quienes las contemplaron las recordaron siempre con nostalgia. “Sería difícil dar hoy idea exacta de lo espléndidas que eran y de lo que impresionaban”, resumiría Orueta en sus *Memorias*.¹⁸ En cierto modo, fueron

¹⁶ *El Noticiero Bilbaíno*, 10 de agosto de 1877. Argos era el seudónimo de Sabino Goicoechea, escritor, periodista e ingeniero, entre cuyas actividades diversas se contaron, además de centenares de artículos, muchos de ellos costumbristas, la dirección del periódico *El Nervión* —que él fundó—, la construcción del edificio de la Sucursal del Banco de España y la dirección de alguna compañía ferroviaria.

¹⁷ *El Noticiero Bilbaíno*, 23 de agosto de 1879.

¹⁸ ORUETA, 1923, pp. 213-214.

el canto del cisne de las fiestas del Bilbao tradicional. Fue la primera respuesta al crecimiento y prosperidad de la villa y a la demanda de nuevas atracciones.

Las *fiestas de la ría* dejaron su impronta en la memoria colectiva. “De las fiestas del último siglo —recordaba Sánchez Mazas en 1917—, las que más se recuerdan son las regatas, las naumaquias, los carnavales, con entradas del Dux por la ría.” Eran fiestas nocturnas y desfilaban barcos con personajes caracterizados, todo ello con profusión de iluminaciones y fuegos artificiales. Durante décadas se recordó la fiesta veneciana, presidida por la gran carroza del Dux. Tuvo también éxito la fiesta del Faraón, con los barcos y la gente disfrazados de egipcios. La más espectacular se celebró cuando llegó la Reina María Cristina a inaugurar las obras del puerto exterior. Acompañaron al barco real a lo largo de la ría barcas, botes y vapores profusamente iluminados. En las cercanías de Bilbao se colocaron cerca de un millón de faroles de papel, dibujando jardines, fuentes y guirnaldas entre el arbolado. Hubo coros y músicas en barcas y fuegos de artificio.

La contaminación de las aguas, por las instalaciones industriales y los desagües urbanos, hizo que después de la de 1894 se abandonara tal elemento festivo. Pero para entonces se habían ido produciendo otros cambios. Las barracas y tiiovivos, con atracciones, fenómenos, etc., formaron parte de las fiestas desde 1886. Y, al mismo tiempo, tuvo lugar otro cambio importante. Subsistieron los espectáculos y diversiones colectivas (cucañas, juegos infantiles, demostraciones de bomberos, música y exposiciones de “linterna mágica”), pero comenzó una cierta parcelación social de la fiesta y la organización de entretenimientos a cargo de iniciativas privadas, con la aparición de ofertas lúdicas por parte de empresas. La de los “jardines de esparcimiento” del Olimpo organizaban tiro al blanco, juegos de rana, bailes; la de los Campos Elíseos, actuaciones de la banda de Santa Cecilia, tamborileros, tientas de torillos... Al tiempo, el frontón Euskalduna ofrecía partidos de pelota y acogía a un circo ecuestre, mientras el que se llamaba “Amistad” se transformaba en “Edén Concert” y programaba zarzuelas cómicas. Y estaba el Fonógrafo Edison que se exhibía en los bajos del Teatro Arriaga o la tómbola que, en la Plaza Nueva y organizada por las mujeres de las “fuerzas vivas”, rifaba donativos recaudando fondos para los sordomudos y ciegos.

El final de las “fiestas de la ría” creó insatisfacciones. Los festejos no eran tan pobres como los de dieciocho años atrás y la iniciativa privada había creado nuevas diversiones, pero, aun así, se percibió de pronto que no estaban a la altura del poderío económico de Bilbao y del número de sus vecinos, que se habían más que doblado comparándolos con los de 1877. Según los críticos el problema era que seguían los mismos espectáculos de cuando Bilbao era una pequeña población, los cuales no resultaban apropiados para la nueva urbe industrial.

La crítica al modelo festivo que impulsaba el Ayuntamiento llegó a ser seria. Y, lo más importante, pronto se deslizó hacia el terreno de los merecimientos de Bilbao y la necesidad de realzar la villa por la vía de las festividades. “Tenemos de todo, especialmente música, mucha música y cohetes, igual, igual que en Villatrucha”,¹⁹ ironizaba la prensa. Eran fiestas de pueblo, volvía a decirse. Se lamentaba que el Ayuntamiento lo confiase todo al atractivo de los toros, lo único que atraía forasteros. Se le sugería que organizase concursos de bandas, de orfeones, que montase alguna exposición o, al menos, una fiesta de la ría. Pero éstas no podían volver. El Ayuntamiento intentó en 1895 salir del apuro improvisando un “festival infantil”, que fue el mayor desastre jamás conocido en la historia festiva de Bilbao. Para los socialistas “era un espectáculo que realizaban los hijos de obreros para divertir a los capitalistas”. Improvisado, se deslizó enseguida hacia el caos. Los maestros, a los que en plenas fiestas les tocó dirigir los ensayos de los niños y llevarlos a la plaza, estaban que trinaban. Los escolares se desmandaron. El bullicio impidió que los coros resultaran. En plena algarabía, el reparto de premios se convirtió en asalto infantil a las mesas. Los chavales, liberados de ataduras, lucharon con tesón por acapararlos. Quedaba lo peor, pues con el jaleo desaparecían niños y las madres lloraban hasta encontrarlos. Un desastre.

Al mismo tiempo, se imponían nuevas notas que ya no desaparecerían de las fiestas de la ciudad industrial. La parcelación social llevó a que la alta sociedad (la *high life*, se le llamaba) organizase sus actos. Este *apartamento* de la elite empezó en 1894, con una hípica en Lamiaco, cerca de Bilbao. Mal organizado, fue un desastre como competición (en alguna

¹⁹ *El Nervión*, 10 de agosto de 1895.

carrera sólo compitió un caballo; en la mayoría, dos), pero cumplió con el objetivo de desplegar la *elegancia social*. En 1895 el marco fue el mismo. La elite tuvo, esta vez, tiro al pichón. No tenemos detalles sobre el desarrollo de la competición, pero la prensa afirmó que fue un éxito, si bien, sobre todo, habló de la elegancia de las damas y de la brillantez de las carrozas con que se acudió. Pese a que de momento estaban mal organizados, en las atracciones generales llegaban novedades de interés, que se impondrían pronto. La más importante fue la generalización de los espectáculos de masas, antes sólo representados por los toros y, transitoriamente, por las fiestas de la ría. En 1895 se incluían ya en la semana festiva los espectáculos deportivos, partidos de pelota y carreras ciclistas, que se celebraron en la Plaza Elíptica, en el Ensanche bilbaíno, organizadas por el Club Velocipedista. Llegaban los deportes modernos.

Las de 1896 fueron unas fiestas maravillosas, las mejores en años: tal fue la opinión general. Hubo unanimidad, por fin Bilbao tenía unas fiestas a su altura. Se consumaron las innovaciones festivas por las que la villa lucía su nueva situación socioeconómica. No sólo los toros, el conjunto de las festividades cumplían la función de enaltecer el orgullo de Bilbao. Así se explicaba el éxito de las fiestas: “Bilbao es el más importante pueblo europeo entre los de cien mil almas y bastantes de mayor número». ²⁰ Nada menos, con plena conciencia de alguna categoría. Aquel año cambió el modelo festivo de Bilbao, y fueron las primeras fiestas *modernas*, con variados espectáculos de masas bien organizados. Se iniciaba un nuevo ciclo festivo, el de una gran capital, pues fue el modelo de las décadas siguientes.

No se rompieron tradiciones. Un símbolo: tras unos años de ausencia, en las fiestas del 96 salieron el Gargantúa y Don Terencio encabezando una nueva cuadrilla de gigantes. Se mantuvieron las verbenas y hubo barracas. Hubo toro de fuego, cucañas, demostraciones de bomberos, juegos infantiles, linterna mágica en la Plaza Elíptica... Eran las atracciones de otros años, sólo que en 1896 se organizaron con mayor seriedad, con un detallado programa que se cumplió íntegramente. De domingo a miércoles, el elemento central de las fiestas siguieron siendo las cuatro corridas toros.

²⁰ *El Noticario Bilbaíno*, 22 de agosto de 1896.

Pero, junto a lo anterior, que era la continuidad, se consolidaban las novedades. Se organizaron importantes espectáculos deportivos o culturales. Toda la semana se celebraron en el frontón Euzkalduna partidos de pelota, con los principales “pelotaris” del momento. Hubo dos días de carreras ciclistas, esta vez en el velódromo, que se había inaugurado en junio. Vinieron los principales ciclistas nacionales, atraídos por los premios que se ofrecían en Bilbao y por la calidad de la pista, la mejor de España. Se celebraron también regatas de traineras y botes, “presenciadas por un inmenso gentío” y con la participación de embarcaciones guipuzcoanas y vizcaínas.

Lo anterior se consolidaría. Lo que sigue fue excepcional, si bien señaló el camino de la incorporación sistemática de espectáculos culturales masivos a las fiestas. Se organizaron espectáculos musicales con una dimensión nunca conocida. Empezaron el jueves en el Euzkalduna, con las Fiestas Eúskaras (concursos de bersolaris, dulzaineros, tamborileros, espataantzaris y, sobre todo, de orfeones vascos). Los concursantes fueron numerosos, los premios altísimos, la asistencia de público enorme... Lo mismo sucedió en el concurso de charangas que se celebró el viernes en los Campos Elíseos. Y hasta se incluyó en el programa festivo un festival de música sacra, que se celebró la mañana del domingo en San Vicente.

Y se celebró el Gran Concurso Internacional de Orfeones, Bandas y Charangas. Fue el colofón de las fiestas. Acudieron decenas de agrupaciones musicales, de Valencia, Andalucía, Santander, Burgos, Navarra... y de Francia. Según las crónicas, fue algo impresionante, espectacular. Baste decir que llegaron a Bilbao más de mil doscientos músicos franceses. Desde días antes del concurso la animación era extraordinaria, según iban llegando bandas, orfeones y charangas y hacían sus primeras demostraciones en la estación y en las calles. Se les recibió con entusiasmo. Unas cuatro mil personas acudieron a escuchar a la Banda de Libourne, que tocó en la Plaza Nueva. Mientras, los navarros que residían en Bilbao recibían multitudinariamente al Orfeón Pamplonés, que por cierto ganó su concurso. La noche del sábado, además, se organizó una retreta. Todas las bandas que participaban en el concurso desfilaron desde la Plaza Elíptica hasta el Casco Viejo, por la Gran Vía, cruzando el Ensanche, que se estaba construyendo. Las calles estaban engalanadas e iluminadas.

Particular entusiasmo suscitaron las bandas francesas, que desfilaron al son de la Marsellesa. Todo Bilbao asistió al espectáculo.

El éxito de las fiestas acrecentó el orgullo local: “En pocas poblaciones se preparan como en la nuestra festejos tan espléndidos y amenos”. Sorprende la rapidez con la que los bilbaínos pasaban de la crítica al entusiasmo y la facilidad con la que convertían en categoría las novedades. Se debía al papel que otorgaban a sus fiestas como representación de la preeminencia de la villa. Pero, hay que reconocerlo, los espectáculos de masas llegaron a las fiestas de Bilbao de forma brillante, con concursos de calidad artística. Al tiempo, las sociedades privadas organizaban sus fiestas particulares, siguiendo con la tónica iniciada unos años antes.

Fue éste el modelo festivo de la sociedad industrial, el que conocería su apogeo las primeras décadas del siglo XX: los tradicionales símbolos festivos, el papel central de los toros, la parcelación social de la fiesta, barracas, bailes, fuegos de artificio, entretenimientos organizados por empresas de esparcimiento o clubes privados, espectáculos de masas, de índole cultural y, con más frecuencia, deportiva, en los que pronto, en la primera década del siglo XX, el fútbol alcanzaría la primacía. Lo llamativo es que el desarrollo de las fiestas, su calidad, se equiparaban a timbre del prestigio de la villa. No sólo los toros, si bien éstos jugaron un papel prioritario. También la variedad e importancia de las atracciones y espectáculos. Así, la relación de la villa con sus fiestas, la manera de referirse a ellas, la intensidad con que se celebraban, reflejaban un esquema conceptual en el que la ciudad industrial quería, quizás necesitaba, mostrar su primacía económica, el destacado papel político que se atribuía y, sobre todo, su dinamismo como ciudad moderna.

En propiedad, cuando el Bilbao de la modernización celebraba sus fiestas, se celebraba a sí mismo, en el pleno sentido del término.

BIBLIOGRAFÍA

FEIJOO CABALLERO, Pilar

1991 *Bizkaia y Bilbao en tiempos de la Revolución francesa*, Foru Aldundia [Diputación Foral] D. L., Bilbao.

GAMINDE, Pacho

1965 *Viajes y memorias*, col. “El Cofre Bilbaíno”, s. Editorial, Bilbao.

GARCÍA MERINO, L. V.

1987 *La formación de una ciudad industrial. El despegue urbano de Bilbao*, HAAE/VAP, Oñate.

GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel *et al.*

1995 *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (economía, población y ciudad)*, Fundación BBV, Bilbao.

2001 *Los orígenes de una metrópoli industrial: la Ría de Bilbao*, Fundación BBVA, Bilbao, 2 vols.

GUIARD LARRAURI, Teófilo

1974 *Compendio de la historia de Bilbao*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao.

MONTERO GARCÍA, Manuel

1993 *La construcción del País Vasco contemporáneo*, Txertoa, San Sebastián.

1997 *El progreso de Bilbao. Los lugares y las fiestas*, Txertoa, San Sebastián.

2003 *Construcción histórica de la villa de Bilbao*, Txertoa, San Sebastián.

OSSA ECHABURU, Rafael

1969 *Riqueza y poder de la ría (1900-1923): el Bilbao del novecientos*, Lib. Villar, Bilbao.

ORUETA, José de

1923 *Memorias de un bilbaíno*, El Tilo, Bilbao.

SÁNCHEZ MAZAS, Rafael

1993 *Vaga memoria de cien años y otros papeles*, El Tilo, Bilbao.

UGARTE, Pedro

1999 *Historia de Bilbao. De los orígenes a nuestros días*, Txertoa, San Sebastián.